



AMBER  
*Lake*

ESTRATEGIAS *del* DESTINO



VESTALES

*Para Lidia, mi hija,  
por su apoyo, ayuda  
y contagioso entusiasmo.*

© Editorial Vestales, 2012

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Lake, Amber  
Estrategias del destino, 1.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires: La Educación Sentimental,  
2012.  
448 p.; 17 x 12 cm.

ISBN 978-987-1568-65-9

1. Narrativa. 2. Novela Romántica. I. Título  
CDD 863

ISBN 978-987-1568-65-9

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## PRÓLOGO

París, enero de 1814.

LOS CUERPOS SUDOROSOS SE ENROSCABAN ANSIOSOS POR llegar a la cúspide del placer y retrasaban el momento de la culminación para gozar al máximo de las delicias del amor. Manos y bocas vagaban sin descanso por las suaves planicies y los profundos valles de la ardiente y palpitante piel. A la tenue luz de las llamas, semejaban dos figuras de cera que se fundían en el fuego de la excitación. Inmersa en su mundo, olvidada del resto, la pareja se entregaba sin freno a un goce carnal en el que nada estaba prohibido: todo era lícito. Agónicos suspiros y roncós gemidos escapaban de sus bocas y llenaban la estancia con la ancestral música de la pasión: bella y excitante como la más exquisita melodía.

Una figura oculta tras la pesada cortina observó asqueada durante breves minutos. En el fondo, se asombraba de que aquella escena solo le provocase repulsión y no sufrimiento, como habría sido lo esperable. Sin embargo, había sido tal el tormento y la amargura que había padecido los días anteriores que se consideraba incapaz de experimentar esa emoción. El dolor físico había sido intenso, enloquecedor por momentos, aunque mínimo comparado con su desilusión. En ese momento, el sentimiento que lo dominaba era el de venganza: un deseo de venganza ciego

e irrefrenable hacia aquellas dos personas que retozaban en el amplio lecho.

Ella, su esposa, la delatora. Él, su amigo, al que había salvado en el campo de batalla. Eran las dos únicas personas en las que confiaba, y ambas lo habían traicionado. ¿Cómo habían sido capaces de tal cobardía? Debían morir. Él se tomaría así su anhelada revancha.

Quería esperar a que estuviesen agotados para que ofrecieran menor resistencia. No podía permitir que lo capturasen: temía no poder soportar por segunda vez las horribles torturas a las que había sido sometido, sin embargo, le resultaba intolerable observarlos mientras se amaban de manera tan salvaje y desinhibida. Ella, que había jurado ante el altar amarlo y respetarlo, ahora se entregaba a otro con un ardor que a él nunca le había demostrado. No, no podía esperar más.

Salió de las sombras que lo cobijaban y se acercó al lecho con la templada espada en la mano. Debía matarlos sin más: atravesar sus corruptos corazones con el acero y contemplar cómo la vida se les extinguía, en justa venganza por sus acciones. Pero él no podía actuar de esa forma; no era un cobarde que atacaba por la espalda, como sí lo había hecho el hombre que tenía delante. Él le daría la oportunidad que el otro le había negado.

Se plantó ante ellos, majestuoso en su desdicha: las ropas hechas jirones, el rostro ensangrentado, y lleno de cicatrices causadas por la despiadada tortura a la que lo habían sometido los esbirros del hombre que tenía ante sí. Junto con su amada, lo había contemplado retorcerse de dolor, y ambos se habían regodeado en su sufrimiento. Eso había sido lo más doloroso para él: comprobar que la mujer

a la que amaba había presenciado complacida su tormento y alentado al verdugo.

¿Lo habría amado en algún momento o solo había fingido hacerlo para casarse con él y de ese modo emparejarse con la aristocracia? Ante la escena que estaba presenciando, dudaba de que ella lo hubiese querido alguna vez. Y él, ¿estuvo realmente enamorado de ella o solo fue lujuria desenfrenada? El amor que unos días antes hubiese defendido calurosamente ya no podía asegurarlo. Solo sentía decepción frente a la mujer que creía amar. En todo caso, había sido un estúpido al dejarse seducir por su belleza. Sabía que su trabajo requería una total independencia y libertad de movimientos y que no debía implicarse de ese modo, pero no había podido evitar sentirse deslumbrado como un adolescente por la hermosa Marie Blanchar, la hija de un alto oficial francés, y anheló poseerla; aunque ella puso sus condiciones y le exigió matrimonio.

Recordó que la idea de casarse con ella había sido alentada por sus superiores. Era la tapadera perfecta que le permitiría moverse en los círculos adecuados. Por influencia de su suegro, había logrado penetrar en la cúpula militar y conocer de primera mano las estrategias del Ejército galo. Siempre había intuido que muchos recelaban de un aristócrata francés en el exilio que había decidido volver a su patria para luchar al lado de Napoleón, personalidad que adoptó al asumir las funciones de espía infiltrado. Se había sentido observado y cuestionado en todo momento, aunque nunca había llegado a sospechar de que había sido su propia esposa quien había colaborado en esa vigilancia. ¿Había recelado ella algo y por patriotismo había decidido denunciarlo o había sido persuadida por el hombre que ahora se enredaba con ella, un compañero de armas que ha-

bía resultado ser un doble espía? En todo caso, había sido un descuido que, sumado a la confianza ciega en la persona a la que amaba, lo habían llevado a bajar la guardia y olvidar tomar precauciones.

Había sido un estúpido y había pagado caro su error. Ahora debía silenciar al traidor que ponía en peligro la vida de otros camaradas infiltrados como él y cuyos nombres estaban escritos en el documento que su esposa había sustraído del lugar secreto en el que lo guardaba. En cuanto a ella, también se merecía la muerte por la traición cometida, pero sabía que no iba a llevar a cabo su venganza. No iba a mancharse las manos con la sangre del ser inocente que llevaba en el vientre.

Un alarido escapó de los labios de la mujer cuando, al girar la cabeza, divisó la siniestra figura. Esa primera reacción ante el descubrimiento de un desconocido en su habitación dio paso, poco a poco, al terror cuando lo identificó, y quedó paralizada: se negaba a aceptar la imagen que sus desorbitados ojos le enviaban. ¿Qué hacía él allí? ¡Debía haber muerto! Frenética, tironeó con desesperación de la cabeza del hombre, que se encontraba instalada entre sus muslos.

—¡Marcel! —llamó desesperada.

Pero su amante, estimulado por lo que creía era una reacción a sus íntimas caricias, continuó entregado a su tarea con renovadas fuerzas.

—¡Marcel, él está aquí! —insistió, presa del pánico y mortalmente asustada al ver que la figura se acercaba—. ¡Julian!

La mención de ese nombre alertó a Marcel, que se irguió presuroso. La miró a la cara, pero ella tenía la vista fija

en otro punto. Hacia allí dirigió él sus ojos y lo vio. Saltó de la cama por el lado opuesto y buscó desesperado su arma.

Marie, liberada del peso de su amante, siguió el mismo camino y se refugió en un rincón apartado, consciente de que huir era imposible: Julian bloqueaba la salida, y por nada del mundo deseaba enfrentarse a ese hombre que aún era su marido.

—¿Cómo has logrado escapar? —preguntó Marcel pasmado. Él lo había dejado a buen recaudo en los calabozos de la prisión.

Julian no contestó. No deseaba perder el tiempo. Se había arriesgado demasiado yendo hasta aquel lugar, y no deseaba poner en peligro a su camarada, que aguardaba en la calle, para satisfacer la curiosidad del traidor. No importaba cómo había escapado; ahora estaba allí y él acabaría con su vida como debió haber hecho antes.

—Defiéndete —ordenó, lanzándole la espada que tenía en su poder—. Aunque mereces morir como un perro, no voy a rebajarme a actuar como un verdugo.

Marcel se apresuró a tomarla y se puso en guardia de inmediato, recuperado el valor que la sorpresa inicial le había restado.

Se acercaron al tiempo que tomaban posiciones y se medían con la mirada. Julian era más alto y fuerte, pero los estragos de las horas de tortura que había padecido habían mermado sus fuerzas; algo de lo que su rival era consciente, y de lo que pensaba aprovecharse. Con lo que no contaba Marcel era con la fuerza que el odio y el despecho podían infundir a un hombre y, aunque su rival era mejor espada-chín, pronto se vio superado por las potentes acometidas de Julian, enloquecido en su afán de venganza.

Marie presenciaba la escena desde el rincón en el que se había refugiado, incapaz de moverse, presa del estupor que el pánico le causaba. Si su amante sucumbía, ella podía darse por muerta: Julian no le perdonaría la doble traición a la que lo había sometido. Tenía que escapar de allí o estaría perdida. Sigilosamente, se puso en movimiento hacia la puerta. Por desgracia, había dado la noche libre a los criados, deseosa de disfrutar de intimidad para recibir a su amante, por lo que la única escapatoria posible era huir de allí cuanto antes y rezar para que Julian no se lo impidiese. Sabía lo despiadado que podía ser cuando la ocasión lo requería, y ella le había dado suficientes motivos para que quisiese castigarla.

Tomó una prenda que se encontraba en el suelo y se cubrió torpemente sin dejar de avanzar hacia la puerta. Cuando casi lo había logrado, un desgarrador grito la hizo volver la cabeza. Lo que vio la dejó paralizada en el acto. Julian había atravesado con su espada el pecho de Marcel, que miraba entre incrédulo y sorprendido. El herido se fue inclinando poco a poco hasta caer de rodillas. Solo entonces retiró Julian la espada que lo ensartaba, lo que precipitó su derrumbe. El cuerpo quedó tendido en el suelo sobre un charco de sangre.

Julian giró, Marie lanzó un grito de terror, y se precipitó hacia la puerta. Antes de que pudiese abrirla sintió cómo una fuerte mano la sujetaba por el cabello. Tiraba de ella y la arrastraba hasta el centro de la habitación donde se encontraba el cuerpo inerte del que fuera su amante. Ella intentó defenderse, gritando y pataleando, pero fue inútil. La fuerza y determinación de él eran devastadoras. Intentó otra táctica. Su marido siempre la había amado, tal vez continuaba haciéndolo.

—Ahí tienes a tu amor. Míralo bien. ¿No lloras su pérdida? ¿O a él también lo engañabas cuando le decías que lo amabas? —inquirió con la voz cargada de desprecio.

Marie comenzó a llorar, más a causa del temor que de dolor por la pérdida de Marcel.

—Julian, debes creerme —rogó desesperada—. Él me obligó a hacerlo. Me ordenó que te vigilara y amenazó con acusarnos a mi padre y a mí de complicidad en caso de que no le obedeciera. No pude negarme.

—Mientes, maldita, como en todo lo demás. Mereces morir también.

—No, cariño. Yo te quiero. Siempre te he querido solo a ti.

Marie acercó sus labios al lastimado rostro del hombre, pero él la rechazó con un contundente empujón que la lanzó sobre el cuerpo desnudo y sin vida de Marcel.

—No repitas esa palabra. No vas a engañarme otra vez. ¿Crees que soy tan estúpido como para continuar creyendo tus mentiras? ¿Cuánto tiempo llevabais acostándoos a mis espaldas? —y la tomó del cuello con ambas manos apretando con fuerza—. ¿Cuánto, traidora?

Marie intentaba desesperadamente respirar. Sabía que él iba a matarla e intentaba resistirse a que hubiese llegado su fin. Arañó sin piedad el rostro de él mientras lo miraba con los ojos desorbitados por el terror.

De pronto Julian la soltó, asustado por lo que había estado a punto de hacer. La mujer se merecía la muerte, pero él no era el asesino que ella creía, solo un soldado que cumplía órdenes en una guerra de la que cada vez estaba más hastiado. No la mataría, ni tampoco al pequeño bastardo que llevaba en su vientre. No deseaba cargar con esa muerte sobre su conciencia. Observó el bello rostro que lo

había subyugado desde el día en que la conoció, deformado ahora por el terror, y comprendió que ya no sentía nada por esa mujer, ni siquiera odio. Se había liberado de su embrujo para siempre.

Respiró profundamente, se irguió y se encaminó hacia la puerta. Su contacto lo esperaba afuera y debía marcharse lo antes posible si deseaba llegar a la costa a tiempo para abordar el barco que lo llevaría de regreso a Inglaterra. La guerra había terminado para él.

Un leve sonido a sus espaldas lo alertó y lo hizo girar, aunque no lo suficientemente rápido como para esquivar la afilada punta de la espada que se clavó en su costado derecho. Asombrado, miró el rostro de la mujer que ostentaba una sonrisa de triunfo. Su reacción fue visceral y automática: la golpeó fuertemente antes de que pudiera descargar una segunda estocada.

Marie cayó al suelo con estrépito y quedó inmóvil, tendida de espaldas. Julian se taponó la herida por la que manaba sangre y se acercó a su esposa. Su inmovilidad lo alertó de que algo no iba bien. La zarandéó y le tomó el pulso en el cuello. No latía. Al girarle la cabeza, vio un hilo de sangre que corría por su sien izquierda. Se había golpeado con el mármol que adornaba una de las mesas.

Se tambaleó aturdido al comprender que estaba muerta: había matado a su esposa, a la mujer que había jurado amar y proteger mientras tuviese un aliento de vida, y con ella, al pequeño que crecía en sus entrañas. Se había convertido en un asesino.

## CAPÍTULO I

Weybridge, primavera de 1818.

—¿PODRÁS PERDONARME, HIJA?

Sir Giles Whitehorne se hallaba postrado en su lecho de muerte. La tez cenicienta y la respiración débil indicaban que se acercaba su última hora. Las palabras le suponían un torturador esfuerzo a sus fatigados pulmones, pero no se daba por vencido e intentaba, en un último atisbo de lucidez, limpiar su conciencia antes de enfrentarse a un juicio más severo.

Claire escuchó el leve lamento de su padre y se acercó hasta él. Se sentó a su lado, en el lecho, y le tomó con cariño la huesuda mano.

—No debe fatigarse, padre, el doctor ha recomendado que descanse todo lo posible.

—¡Ese inútil!

Un fuerte acceso de tos cortó las iracundas palabras. Claire se precipitó hacia la mesilla de noche, llenó un vaso con agua, y vertió a continuación unas gotas del medicamento recetado. Se acercó de nuevo al lecho e, incorporando a su padre, le dio de beber.

El hombre tomó un pequeño sorbo de líquido y se dejó caer pesadamente sobre las almohadas, agotado por el esfuerzo. La vida se le escapaba, era consciente de ello, y no